

Con escamosa malla y doble cuera
Encima de un dorado castañuelo,
Que hueña el aire vano mas que el suelo,
Y apenas cabe en toda la ribera,
Parece don Mariño de Lovera
Aficionando á tierra, mar y cielo,
Varon ejercitado en la milicia
Y noble caballero de Galicia (25).

El frasco atrás, al hombro la escopeta,
Armado una lustrosa coracina,
Y encima de oro, seda y lana fina
Una listada y corta camiseta,
En un soberbio zaino á la jineta,
Que pisa como en fuego en la marina,
Y en su fogacidad se abrasa y arde,
Gómez de Lagos entra en este alarde.

Gallardo se presenta aquí Murguía
En hacedor cuatralbo lista blanca,
Que la marina besa con el anca
Y con las manos della se desvia;
Sus armas dan la luz que al medio día
El Cintio suele dar con mano franca,
Y su denuedo, traza y apostura
Mil buenas esperanzas asegura (24).

Cerrado y puesto bien á la estradiota
En alazan de buello tan liviano,
Que en resurtir del suelo con la mano
Excede á la reciproca pelota,
Con un estofo doble y fina cota
Sale por la ribera del mar caño
El capitán Reinoso á su paseo
Con desdeñoso y libre contoneo (23).

Tras este don Simon ocupa el puesto,
Aquel de Lusitania respetado (26),
Las armas todas y hábito morado,
Creyendo que el amor se paga desto;
Al cual en el escudo lleva puesto
Y al sanguinoso Marte al otro lado,
Que entrambos á la par le dan favores,
Cubriéndole de palmas y de flores.

Sale del hierro asida la asta dura,
Que va dejando rastro por la arena,
Bernal, que en esta edad presente suena,
Y sonará mejor en la futura,
Con una fuerte y lúcida armadura,
Do Febo da su luz á mano llena,
Y haciendo á un alazan, tostado el pelo,
Que solo con los piés estampe el suelo (27).

En bayo cabos negros y frontino,
Que el freno espumosisimo tascando,
De todos cuatro piés se va quemando,
Sale un ilustre y claro vizcaíno,
En armas, talle y garbo peregrino,
A quien el viejo Próteo contemplando
Dice á Neptuno vuelto: «Aquel Gamboa
En Chile dejará perpetua loa (28).»

La rienda y el escudo en la siniestra,
Sobre un furioso rucio plateado,
Compuesto, repulido y alheñado,
Y el asta de dos hierros en la diestra,
Hace de su valor y estirpe muestra
El caballero de Olmos, todo armado
Desde el bridon estribo hasta la frente
De limpio acero y malla reluciente (29).

En un cuartago negro mas que endrina,
Con el copete, cola y crin tranzada,
El pecho y la cadera encubierta,
Va Lopez Ruiz hundiendo la marina (30),
Con un jubon de malla jacerina,
Cubierta de garzotas la celada,
Y la fiudosa lanza al diestro lado
Cogida con el codo entre el costado.

Juntando los extremos de tu lanza,
Y á la secreta barra de la silla
Como clavado el muslo y la rodilla
Con altivez y justa confianza,
Mostrando tu valor y tu pujanza,
Mas para contemplarla que decilla,
Saliste á la reseña, Diego Cano,
Horror del indio y gloria del hispano (34).

Y tú, mi padre caro... mas perdona,
Que no he de dar motivo con loarte,
A que diciendo alguno que soy parte,
Ofenda mi verdad y tu persona;
Por esto callaré lo que pregona
La voz universal en toda parte,
Y perderás, por ser mi padre amado,
Lo que por ser tu hijo yo he ganado (32).

Solo diré que en guerras te criaste,
En guerras, como en crédito, creciste,
En guerras tu principio recibiste,
Y en guerras hecho piezas acabaste;
Donde el servir al rey solo ganaste,
Y por mejor serville te perdiste,
Dejando á los que somos de tu casta
No mas que el bien de serlo, y este basta.

Dejemos lo demás, pues no aprovecha,
Y siento que la oreja ya me zumba,
Aunque por ser verdad que así retumba,
Sospecho que carece de sospecha;
Pues quede tu alma á Dios, por quien fué hecha
Hasta cobrar su cuerpo de la tumba,
Que yo me vuelvo al hilo de la historia,
Casi quebrado ya con tu memoria.

Cortés, Riberos, Cáceres, Miranda,
Godínez, Bustamante y Andicano,
Arana, Lira, Niebla, Santillano,
Montiel, Villegas, Avalos, Aranda
Con toda la demás lucida banda,
No menos se mostraron en lo llano
Todos con sus adargas, y por ellas
El cielo, el sol, la luna, las estrellas.

No poco en este alarde señalados
Se vieron otros únicos varones,
En paso y plumas gallos y pavones,
Y en la batalla tigres enojados;
Caballos ricamente encubiertos
Con símbolos, empresas y blasones,
Gentiles, fuertes, bravos y galanes
En rostros, armas, cuerpos, ademanes.

Las bandas, los collares, las cadenas,
Lorigas, yelmos, cotas relucían;
Los visos y las aguas que hacían
Dejaban las del mar de envidia llenas;
Hirviendo se mostraban las arenas
Al fuego de los piés que las batían;
La tierra se apretaba con su centro,
Y el mar se retiraba mas adentro.

En toda la reseña no hubo alguno
Que en algo no mostrase algun exceso,
Y de seiscientos que era el bando grueso,
De presentarse aquí dejó ninguno;
Quisiera yo acudir á cada uno,
Mas fuérase la historia toda en eso,
Baste que en otras partes puesto vaya
Quien puesto no se viere en esta playa.

Yo voy en lo que puedo tan sucinto,
Que poco habrá de ser lo que me aguarde,
Y adviértote demás que en este alarde
No van por orden todos los que pinto;
Para que ni por cuarto ni por quinto,
Ni por llegar temprano ni por tarde,
Ni porque lo mejor ni empareje,
Ninguno lo agradezca ni se queje.

Si ya para salir en este día
Nombrados capitanes estuvieran,
Por orden todos ellos se pusieran,
Siguiendo á cada cual su compañía;
Mas como en esta muestra don García
Para nombrarlos quiso que salieran,
Poner particulares fué forzoso,
Y para mí no poco trabajoso.

Hicieronse á una banda los piqueros,
Que un gran cañaveral de sí formaban,
Y en otra, donde menos ocupaban,
El hórrido escuadron de arcabuceros,
Con mil amigos bárbaros flecheros,
Que al dar el salto un pece lo clavaban,
Poniéndose unos á otros con mirarse
Solicitos impulsos de estrellarse.

Gozoso los miraba don Hurtado,
Y allí nombrados ya los oficiales,
Personas beneméritas cabales
De traza, de consejo, de cuidado,
Les hizo un parlamento concertado
Con sólidas palabras sustanciales,
Como le hiciera aquel romano Julio
Con toda la retórica de Tulio;

Mostrándoles en él que quiere luego,
Pues tiene tal ejército delante,
Buscar al fiero bárbaro arrogante,
Ganándole de mano en este juego;
Y pues en todos hay tan vivo fuego,
Y en todo la presteza es importante,
Que el sábado siguiente marche el campe,
En viéndose con luz el verde campo.

¡Qué larga aquella noche les parece,
Qué lerdá, qué sin piés la clara lumbre!
No ven algun asomo de vislumbre
Cuando engañados piensan que amanece,
No temen el trabajo que se ofrece,
No hay cosa que los cause pesadumbre,
Sino es el defenderse tanto el día,
Que ya lloviendo aljófares venia.

Levántase el réal en este punto,
Y bien cubierto de armas y rocío,
Se va la vuelta luego de Biobío,
Por donde con el mar se ve mas junto;
Pero descansa ya mi voz un punto,
En tanto que la gente llega al río,
Porque segun el paso y priesa della
Cansado mal podré tener con ella.

CANTO X.

Llega el campo al río grande de Biobío, donde, contra el parecer de todos, el gobernador se resuelve de pasarle, usando para ello de un maravilloso ardor de guerra, con que desvela al enemigo, que de la otra banda le esperaba fortificado. Pasa toda la gente, y envia don Hurtado á correr la tierra tres leguas adelante para ver de asegurar su alojamiento. Dan veinte mil indios en los corredores, viéndose retirando hasta el asiento de su real, donde se traba la batalla que llaman de Biobío, por haber sido casi á su ribera. Cuéntase lo que pasó entre Orompello y Galbarino sobre la muerte de Hernán Guillen, que los indios mataron por haberse desmandado del real á comerfrutilla.

Ninguna buena suerte habrá segura
Habiendo en la milicia negligencia,
Pues, como dicen bien, la diligencia
Es madre de la próspera ventura,
Y aquel saber gozar la coyuntura
Es el sutil primor de la prudencia;
Mas esos que le saben son contados,
Y solo con el dedo señalados.

Con cuántas cosas sale fácilmente
El capitán solícito y mañoso,
Con que salir no puede el poderoso
En siendo descuidado y negligente!
Mas vale mucho el flaco y diligente
De lo que vale el fuerte y perezoso,
Que al fin, como el vulgar proverbio suena,
No hizo la pereza cosa buena.

Ni menos hay alguna que se haga,
Como calor no lleve en compañía,
Sin quien el mismo fuego no sería,
Pues donde no hay calor presto se apaga;
Caliente sufre cura cualquier llaga
Con mas facilidad que estando fria,
Y el hierro, mientras mas calor tuviere,
Hará el martillo del cuanto quisiere.

Quiero decir por término mas llano
Que en todo y mas en esto es grande parte
Poner calor y usar de industria y arte
Para que la fortuna dé la mano;
El fuego que entendemos por Vulcano
Dicen allá que tiene preso á Marte,
Pero que el dios Neptuno lo desprende,
Por quien el agua frígida se entiende.

Enseñanos la fábula con esto
Cómo para entregarse de la guerra
Que dentro de su nombre Marte encierra,
Es menester calor y paso presto;
Mas si interviene el dios Neptuno en esto,
Forzoso habrá de dar con todo en tierra,
Esto es, que donde ve tibieza alguna,
Allí se muestra tibia la fortuna.

¿Quién hizo al que por Africa se nombra
Scipion el africano tan famoso,
Sino seguir al Peno fervoroso
Y nunca le dejar á sol ni sombra?
Y el César, cuyo nombre al mundo asombra,
¿Salió por otro medio vitorioso,
Sino porque su huella se estampaba
Donde Pompeyo fresca la dejaba?

Así que lo que en esto mas ayuda
Es ir á los alcances del contrario,
Trayéndole seguido de ordinario,
De suerte que no tenga dónde acuda;
Pues como el jóven inclito no duda
Ser esto sobre todo necesario,
Veloz para seguille parte luego
Cual á su pura esfera el puro fuego.

En busca va del bárbaro atrevido,
En si y en esta máxima fundado,
Que vale mas buscar que ser buscado
Y acometer que ser acometido;
Y búscale en su tierra y propio nido,
Adonde el pajarillo desarmado
Aun con el animal mas bravo rifa,
Y opuesto á la defensa el cuello engrifa.

Mas nada en su valor engendra miedo
Ni cosa su cerviz enhiesta inclina;
Y así, con paso intrépido camina,
Mostrando como el ánimo el denuedo;
El padre de Faeton con rojo dedo
Rayaba el chapitel que mas se empina,
Bordando cielo y nubes de arrebóles
Y haciendo de las aguas tornasoles.

Al tiempo que el ejército pujante
Al arenoso término venido,
Y habiéndose el bagaje recogido
Para cortar el agua resonante,
Algunos con recelo mal sonante
No tienen el pasar por buen partido,
Sino por una cosa recia y dura,
Difícil, temeraria y mal segura.

Con estos, otros pláticos varones
No tienen el pasar por sano hecho,
Probando que es ponerse en mucho estrecho
Con sobra de argumentos y razones;
Mas contra sus indignas opiniones
Se opone aquel ardiente y bravo pecho,
Resuelto en que se pase el ancho río,
Resolucion bien digna de su brio.

El misero suceso de Valdivia
Le ponen los antiguos por delante,
Diciéndole que el bárbaro constante
Su natural ardor jamás entibia;
Mas que su cuerpo y ánima se alivia
Con el trabajo mas desemejante,
Por donde está en razon que á la otra banda
Oculto espere á ver quién se desmanda.

Y siendo así, en pasando los primeros,
Que pueden cuando mucho ser cuarenta,
Saldrá con gana rábida y sedienta
De dar color de sangre á sus aceros;
Donde antes de pasar los compañeros
Habrán pasado á dar á Dios su cuenta,
Porque de haber en medio tal distancia
No se podrá esperar otra ganancia.

El agua, que las márgenes desvia,
De latitud alcanza tanta parte,
Que puesto un grueso toro á la otra parte,
Casi de sí ninguna especie envia;
Condénase el pasar por esta via,
Y en varios pareceres se reparte
El vario parecer del vulgo incierto,
Que alguna vez por yerro da en lo cierto.

Profundo el capitán lo considera,
Y haciendo que un rubor su rostro tiña,
Vuelve, revuelve, tienta y escudriña,
Advierte, mira y corre dentro y fuera;
Hasta que al fin hallando la manera,
Se cierra con su campo de campina,
Diciendo que el pasar es necesario
Para cortar los pasos al contrario.

Con esto les ordena que al momento
Comiencen a subir el agua arriba
Al son de su corriente fugitiva
Tres leguas poco más de aquel asiento;
Sin divisar el blanco de su intento
Ni ver el fundamento donde estriba,
Se mueven sus escuadras obedientes,
Aunque los más plegándose las frentes.

Pasadas las tres leguas adelante
Mandó parar su gente presurosa,
Que estaba desabrida y congojosa,
Como del buen propósito ignorante;
Mas el discreto joven al instante
La saca de su duda temerosa,
Ejecutando allí un ardid extraño,
Con que salieron todos de su engaño.

Fué pues que todo el tercio congregado,
Y habiendo descargado el bagaje,
Da muestra de escoger aquel pasaje,
Fingiendo grande máquina y recado,
Para que el enemigo desvelado
Solo por este puesto los ataje
Y deje abajo libre el precedente,
Por donde todos pasen francamente.

Y para que su ardid mejor saliese,
Hizo que se ocupase la ribera
De cargas de totora y de madera,
Como que por allí pasar quisiese;
Pues como todo a punto se pudiese,
La traza le salió de tal manera,
Que vino a conformarse todo el hecho
A la medida justa de su pecho.

Gastaron el presente y otro día
En estos aparatos ardidosos,
A vista de los indios orgullosos,
Que ya esperaban llenos de alegría;
Mas luego que llegó la noche fría
Se va de allí con pasos presurosos
El joven con un tercio de su gente,
Y a los contentos bárbaros desmiente.

Al antes elegido puesto viene,
Adonde la ancha boca de Biobío,
Entrando en el amargo señorío,
Gran trecho de agua dulce lo mantiene;
Y aquí con la presteza que conviene
Capaces balsas hace dar al río
De gruesas vigas toscas mal doladas
Con el bejuco y cáñamo trabadas.

También a la sazón habían llegado
Por orden del sagaz caudillo experto
Las barcas y bateles desde el puerto,
Seis millas destas aguas apartado;
Algunos, el temor aun no lanzado,
Le hacen el peligro y daño cierto,
Mas él a su demanda satisfizo,
Haciendo lo que Alcides nunca hizo.

Oculto porque nadie le estorbare,
Con un denuedo y ánimo valiente,
Se arroja en una barca diligente
Mandando que su rucio en otra pase;
Y solo permitió le acompañare,
Pasando sus caballos juntamente,
Bastida, Juan Ramon y Diego Cano,
Bastantes a poner el mundo llano.

Al agua todos cuatro así se entregan,
Y vanla encaneando con las palas,
Que siendo para el barco prestas alas,
A la marina en breve espacio llegan;
Donde tan solo un punto no sosiegan,
Mas de sus prestos pies haciendo escalas,
Dejan el bordo y prora por la silla,
Saliendo en sus caballos a la orilla.

Apriétanse en las frentes las celadas,
Arriman las adargas a los pechos,
Y con los puños fuertes y derechos
Las gruesas astas tienden ya terciadas;
Así, por las arenas desechadas
En helicosa cólera deshechos,
La tierra adentro arrojan los caballos,
Que llegan a las cinchas con los callos.

Dos millas el rebelde suelo pisan,
Y el enemigo sitio reconocen;
Mas no topando cosa que destruyan,
Que todo raso y limpio lo divisan,
Volviéndose a los tímidos avisan,
Los cuales, cuando subito conocen
Que el animoso joven ha pasado,
Están para pasar a pie y a nado.

Confusos, vergonzosos y corridos,
Y a su temor inútil despidiendo,
Atropelladamente van corriendo
Derechos a los barcos detenidos;
Adonde parte dellos conducidos,
Quedándose los otros deshaciendo,
Con espumoso rastro el agua cortan
Y al bien asegurado puerto aportan.

Sin descansar los remos un momento,
Llegan, revuelven, tornan y carrean;
Las aguas se alborotan y blanquean
Heridas con el impetu violento;
Los astros del sublime firmamento
Debajo de las ondas centellean,
Supliendo con su luz, aunque noturna,
La de la ardiente lámpara diurna.

Pues tanta en esto fué la diligencia,
Que no era bien pasado el cuarto día,
Cuando pasado ya también había
El Español con toda su potencia,
Sin que, por embarcarse en competencia,
Desgracia sucediese ni avería;
Mas esto a aquella mano se atribuya
Que a la ventura tiene de la suya.

De aquellos que al engaño arriba estaban,
En ocupando el mundo el turbio velo,
Bajaban a pasar con rauda vuelo,
Y siempre la mitad allá quedaban;
De suerte que los indios que miraban
Tuvieron de continuo algún sennelo,
Con cuya vista y cebo detenidos,
Quedaron, como dije, desmentidos.

Es muy de encarecer que un mozo tierno,
No tanto de experiencia acompañado,
Usase de un ardid tan extremado,
Y en todo lo demás de tal gobierno;
No dudo que el espíritu superno
Estuvo siempre en él aposentado,
Pues mal pudiera a tanto fuerza humana
Sin asistir allí la soberana.

Los rápidos caballos de Timbreo
Sus mádidos copetes asomaban
Que del profundo piélago sacaban,
Peinados por las hijas de Nereo,
Y de sus galas, hábito y arreo
Los valles ya sin luto se adornaban,
Al tiempo que dejando la marina,
En orden el ejército camina.

Todos por sus cuarteles y escuadrones
A la vedada tierra van entrando,
Y con el fresco céfiro luchando
Banderas, estandartes y pendones;
Los tersos y lucientes morriones
Ya con la luz del sol se van alzando,
Que franco y liberal prestalles quiso,
Mas ya se ve del préstamo arrepiso.

Marchaba nuestro campo, como digo,
En buen concierto, forma y ordenanza,
Ganoso de medir su dura lanza
Con la mortal del bárbaro enemigo,
Cuando llegó el socorro y bando amigo
Que enviaba de Cauten la rica estanza,
Con tanta provision y bastimento,
Cuanta señal de júbilo y contento.

Cincuenta de a caballo solos fueron
Los que de la Imperial aquí llegaron,
A quienes sus lugares señalaron,
Y por los capitanes repartieron;
Pues cuando todos juntos estuvieron,
Al bravo Andalicán enderezaron,
Cubriendo aquellos campos con el suyo
Alegres por la vista de su cuyo.

La delantera lleva don Hurtado
Para escoger el sitio y buen asiento
Adonde hacer seguro alojamiento,
Que siempre le mataba este cuidado;
Y habiendo media milla caminado,
Ordena, que dejando atrás el viento,
Reinoso con los suyos se adelante,
Corriendo algunas leguas adelante.

Los cuatro días atrás continuamente
Enviaba desta suerte corredores
En ágiles caballos voladores,
Que diesen el aviso brevemente;
Los cuales, de un cerrillo puesto enfrente,
Bien como del otero los pastores,
La vista en ancho círculo tendian,
Mirando si los lobos parecian.

Para lo mismo agora va Reinoso,
Que como a capitán su vez le vino,
Y en tanto marcha y sigue su camino
El español ejército vistoso.
Mas ya el celeste cirio luminoso
De Venus, y su adúltero vecino,
Enviaba por igual su luz ardiente,
Partida entre el ocaso y el oriente;

Cuando el Gobernador la rienda coge,
Haciendo todos alto en parte buena,
Do, por estar de pasto y agua llena
Y no haber cosa en torno que le enoje,
Al campo da licencia que se aloje,
Antes que el sol abraze mas la arena,
Tomando por mollido lecho y cama
El delicado heno y verde grama.

No lejos deste puesto, a la una mano,
Lavando el bajo pie de una alta cuesta,
En cuya cumbre el cielo se recuesta,
Se ve una grande cienega y pantano,
Que de totora, juncia y junco vano
Tiene su margen húmida compuesta,
Adonde en importuno y ronco acento
La rana está enfadando aquel asiento.

No bien desde el estribo el pie derecho
Por el trasero arzon volado había,
Y a repelar la yerba se tendía
El cuello del rocín mal satisfecho,
Cuando se oyó del sitio poco trecho
Confusa grita y alta vocería,
Estrépito, tropel, estruendo y turba,
Que súbito a los más osados turba.

Mas luego saltan ágiles y prestos,
Sin esperar estribos a las sillias,
Y en ellas, apretando las rodillas,
Se muestran mas que mármoles enhiestos;
Repárteles el joven por sus puestos
Formando las hileras y cuadrillas,
Y en un proviso a punto de batalla
Esperan a la bárbara canalla.

Mas presto ven la causa del ruido,
Llegando tras los gritos y clamores
Reinoso con sus treinta corredores
De veinte mil sacrilagos corrido;
Que desde aquel otero referido,
Rasgando el cielo a gritos y clamores,
Le habían venido siempre dando caza
Y haciéndole probar la dura maza.

Estaban estos indios emboscados,
No lejos de la cuesta Andalicana,
Para en llegando allí la gente hispana
Cercalla de repente por los lados,
Y viendo a solos treinta desmandados
Andar corriendo al pie, la tierra llana,
Salieron con estruendo repentino,
Cerrándoles el paso y el camino.

Que como en el pasaje no hubo efeto
Su pretension y frívola esperanza,
Mediante aquel tan digno de alabanza,
Ardid no menos útil que discreto,
Quiso para suplir este defeto,
Moviéndole su vana confianza,
Ponerse en este paso peligroso,
De donde agora va contra Reinoso.

El Español que vió calar la gente,
Y della en tanto número cercarse,
Quisiera, mas no pudo retirarse,
Que el paso le tomaron prestamente;
Mas con despecho y ánimo valiente
Por todos determina de arrojarle,
Abriendo, a su pesar, alguna vía
Para llevar la nueva a don García.

Pues hechos una piña, recogidos,
Y mas que rocas firmes en las sillias,
Embisten con las bárbaras cuadrillas
Do son en duras picas recibidos;
Mas rompen, aunque rotos y heridos,
Tornándose las astas en astillas,
Y habiendo despachado del encuentro
Algunas almas perdidas al centro.

Sin aguardar a mas a rienda suelta
Y alzando polvoroso remolino,
Tomaron a su ejército el camino
Siguiéndolos la turba desenvuelta;
Alguna vez forzados dan la vuelta,
Haciendo rostro al bárbaro vecino,
Mas viéndose con él en duro estado,
Revuelven al camino comenzado.

Arriman lo que pueden los talones,
Juzgándose feliz quien mas los mueve,
Pero tras ellos tanta flecha llueve
Como palabras llenas de baldones:
«Cobardes, esperad; teneos, ladrones,
Volved por el tributo que se os debe
Y a recibir la paz que os da la tierra,
Pues sois tan enemigos de la guerra.»

Reinoso, en quien no reina miedo alguno,
Aunque es atrevimiento temerario,
Revuelve muchas veces al contrario,
Templando bien el impetu importuno;
Mas como de los indios no hay ninguno
Menos que toro, león ó sagitario,
Unido en escuadron le apura y carga
Haciéndole tomar carrera larga.

Bien como la corriente arrebatada,
Que fuera de su curso el valle abajo
Arranca gruesos árboles de cuajo
No habiendo quien estorbe su jornada,
Con flacos tajamares atajada,
Se ensaña mas, llevándose el atajo;
Así con mas furor el indio lleva
A quien embarazar su curso prueba.

Tres leguas desta suerte los llevaron
Con furia grande y término insolente,
Hasta que a vista ya de nuestra gente
En medio la campaña los dejaron;
Adonde recogidos repararon,
Volviendo acá y allá la altiva frente,
Y puestos a la mira en ordenanza,
Para si menester fuese la lanza.

Y estando así, la vista revolviendo
Por todo el espacioso verde llano,
Vieron hácia el ejército cristiano
A pie dos hombres solos ir huyendo;
Partieron Galbarino y Alaguendo,
Tras Orompello, Tafea y Titaguano
Con otros bravos indios orgullosos
De habellos a las manos cudiciosos.

No corren al venado los ventores,
Teniéndose cosidos con el suelo,
Ni el gavilán hidalgo da tal vuelo,
En viendo los zorzales silbadores,
Ni siguen los cernicalos y azores
Con tan batidas alas al mochuelo,
Cual todos estos van con pies livianos
Corriendo tras los miseros cristianos.

Los cuales el real habian dejado,
Y adelantados del como una milla,
Por ocupar los vientres de frutilla,
Andaban á cogella por el prado;
Do habiendo los estómagos colmado,
Sintieron á la bárbara cuadrilla,
Huyendo al mismo punto por salvarse,
Mas no pudieron ambos escaparse.

Que al triste Hernan Guillen á poco trecho
Los fieros enemigos dan alcance;
Mas él, que ve su vida en este trance,
Donde mostrar espalda no hay provecho,
Resuélvese en mostrar osado pecho,
De su poder haciendo allí balance,
Y vuelto de través con presto salto,
La rígida cuchilla saca en alto.

Con Alcañudo intrépido se junta,
Hallándole á su lado mas vecino,
Y con rabiosa furia y desatino
Le cose entrambos muslos de una punta;
A Talca por el hombro descuynta,
Señala de un revés á Galbarino,
Y luego de otro al fiero Titaguano
A cercen le derriba maza y mano.

Defiéndose y ofendelos de suerte,
Volviéndose furioso á todos lados,
Que de sus duros golpes redoblados
Aun huye con temor la propia muerte;
En sacudir se muestra un cierzo fuerte,
Que remover parece los costados,
Y abate gruesos libanos al suelo,
Llevándose los céspedes al vuelo.

Jamás se muestra el hombre mas valiente
Que cuando está á morir determinado;
Entonces fuerza y ánimo doblado
Hace sentir sus golpes y él no siente,
Y entonces viene á estar como el doliente
Por muerto de los físicos dejado,
Que no se guarda y come ya de todo
Sin orden, regla, término ni modo.

Así Guillen, la muerte ya tragada,
Se esfuerza mucho mas con este trago,
Haciendo en los indómitos estrago
Y cosas memorables por la espada;
Aunque la tiene en sangre barnizada,
Y de la de sus venas hecho un lago,
Que en abundante flujo y grueso hilo
Caliente va saltando tras el filo.

Los indios su furor en él descargan
Con rabia desigual y saña horrible,
Y haciendo todos juntos lo posible,
De golpes pesadimos le cargan;
Mas, si una vez se llegan, dos se alargan,
Llevados de aquel ánimo invencible,
Y sin poder llevar su intento al cabo,
A causa de que siempre está mas bravo.

Vinieron al principio de concierto
Para tomarle á manos preso y vivo,
Mas juega de los suyos tan esquivo,
Que dieran algo ya por velle muerto;
Porque, como su fin tiene tan cierto,
O verse de los bárbaros cautivo,
Antes de ver su vida en tal miseria,
Quiere vendella cara en esta feria.

Bien muestra que con bate por la vida,
Segun con los incrédulos se aviene,
Pues dellos á sus pies tendidos tiene,
Y dellos para el Orco de partida;
Mas veis aquí con rápida corrida
Al jóven Orompello donde viene,
Diciendo en alta voz: « Afuera, afuera,
Quien sabe así matar, no es bien que muera. »

No pudo el noble pecho generoso,
De que el hidalgo mozo era dotado,
Y aquel su buen respeto, esmalte dado
Al oro de su esfuerzo valeroso,
Juzgandolo por hecho vergonzoso
Sufrir que allí muriese tal soldado;
Y así determinó de darle vida,
Visto cuan bien la tiene merecida.

Gallardo pues se arroja con la maza
En medio del horrisono combate,
Y los espesos golpes le rebate,
Haciendo en breve espacio grande plaza;
Con esto al Español desembaraza,
Cuyo vivir andaba ya en remate,
Diciéndole: « Cristiano, vete presto,
Y paga á tu valor la deuda desto. »

« La vida te concedo libremente,
Así porque supiste defendella,
Como porque tambien esté con ella
Tu poderoso campo mas potente;
Y no por esto quiero que á mi gente
Ni á mí, pudiendo, deje de hacer mella,
Mas quiero, combatiendome contigo,
Jactarme de que fuiste mi enemigo. »

« Agora me estuviera mal bacello,
Por ser con un herido cosa baja,
Y acometer á nadie con ventaja,
Ni fué ni es cosa digna de Orompello;
Despues podrás, pagándome con ello
El darte mi favor en tal baraja,
Venir á mí, llamado en la pelea,
Adonde tu valor pagado sea. »

« Pues vete luego en paz, y di á tu gente
En lo que yo reputo su ardimiento,
Pues el poder y fuerzas le alimento,
Dejándole un soldado tan valiente;
Confuso y grato al hecho extráñamente
Dejaba ya Guillen aquel asiento,
Cuando tras él se lanza en el camino
Con un baston el impio Galbarino. »

Alcánzale; oh traidor! á rostro vuelto
Y en medio la cabeza; oh dura suerte!
Descarga el poderoso brazo fuerte,
En furia desigual y en ira envuelto,
Haciendo que, del alma el nudo suelto
Por la furiosa mano de la muerte,
Dejase ya sin vida el cuerpo helado
Entre su sangre y sesos revolcado.

Era este Galbarin de mal respeto,
De mala inclinacion, enorme y crudo,
Así para lo bueno torpe y rudo
Como en lo malo plático y discreto,
De quien jamás se tuvo buen concepto,
Doblado, contumaz y cabezudo,
Soberbio en condicion, humilde en casta,
Y á todo bien ingrato, que esto basta.

Descúbrese lo dicho en este hecho,
De cuya atrocidad estremecido,
Y en áspide Orompello convertido,
Saltó en ardiente cólera deshecho;
Mas con dificultad y á su despecho
Fué de varones graves detenido,
Diciéndole excusase aquel enojo,
Teniendo al enemigo tan al ojo.

Por esto comedido se repara,
Diciendo en fiera voz al homicida:
« ¿ Qué te movió á querer quitar la vida
Al que de tantos la compró tan cara?
¿ Por qué no le saliste cara á cara,
Y fuera tu braveza conocida,
Sino como traidor de leve pecho?
¿ Por cierto que emprendiste un grande hecho! »

« Del cielo venga el áspero castigo
En esas manos crudas avitadas,
Que yo no dudo vértelas cortadas
A manos del hespérico enemigo;
Porque, si lo dudara, yo te digo
Que nunca fueran estas estorbadas
A te sacar mil almas que tuvieras,
Y encomendar tus carnes á las fieras. »

El Indio le responde encarnizado:
« Pues alto, sus, que filos tengo buenos,
Mas para darte yo los puños llenos,
Es poca la ocasion que tú me has dado;
¿ No miras, Orompello mal mirado,
Que de los enemigos mientras menos,
Y que si en esto á mí no soy honroso,
A todos habré sido provechoso? »

Airado el sucesor de Mauropande (33),
Con obras á lo dicho replicara
Si á tiempo no viniera Tulcomara
Mandando que ninguno se desmande;
Bastó por ser de ocio y nombre grande,
A lo que todo el mundo no bastara,
Aunque dejó á los bárbaros insanos
Mordiéndose de cólera las manos.

El triste de Guillen quedó tendido,
Causando aun á los indios manecilla,
Adonde presto fué de la abubilla
Y de lúestros cóndores (34) comido;
Este es, (mirad qué acedo y desabrido),
El fruto que sacó de la frutilla.
Oh gula, cuán de atrás nos haces guerra!
Testigo es el que Dios formó de tierra.

« Qué cosa tan culpable y arresgada
En los soldados es el desmandarse!
Pues el mayor desman suele causarse
De ser una persona desmandada;
La oveja que se va de la manada,
O presto la vereis abarrancarse,
O que el hambriento lobo da con ella
Donde el pastor no puede socorrerla. »

Roman de Vega, el otro desmandado,
Que con Hernan Guillen habia venido,
Fue menos animoso y atrevido,
Mas hizole el temor mas alentado;
Y así llegó al ejército alojado
Sin huelgo, sin color y sin sentido,
Poco despues que allá Remoso estaba,
Diciendo al general lo que pasaba.

El jóven avisado manda luego
Que salga Juan Ramon (35) á ver lo que era,
Entresacando diez de cada hilera
De los que son mas diestros en el juego;
Pues con cincuenta bravos como el fuego
En polvorosa y súbita carrera,
Determinado sale á lo que digo,
Y no para embestir al enemigo.

No bien estaba fuera de su asiento,
Cuando cubierto mira el verde llano
Del orgulloso ejército pagano,
Que con sus alaridos rompe el viento;
Reparase mirándolos atento
Con gana de probar allí la mano,
Mas á despecho suyo se detiene,
Por no pasar del orden con que viene.

Hasta que ya Hernan Perez mal sufrido
Les dice: « ¿ A qué venimos? ¿ Qué hacemos?
¿ No es esta la ocasion en que podemos
Sonar sobre las aguas del olvido? »
Apenas hubo dicho el atrevido,
Cuando blandiendo al asta los extremos,
Bate con el caballo la campaña,
Diciendo: « ¡ Sanctiago! cierra España! »

Los otros al tropel y voz amiga
A un tiempo el riguroso hierro meten,
Y al ventajoso número acometen,
Que ya con su arrogancia les obliga;
La gente de cristianos enemiga,
En viéndolos tan raudos arremeten,
Abajan á un compás las astas gruesas
Como una espesa lluvia y mas espesas.

Al talle que al mover del viento airado
Las fértiles espigas levantadas
Derriban sus cabezas aristadas,
Haciendo rubias ondas sobre el prado;
Desa manera el colmo del Estado
Cala sus altas picas apiñadas,
Los cuentos apoyados del pié diestro,
Al súbito mover del bando nuestro.

Mas no por ver las puntas de diamante
El Español del impetu desiste,
Pues antes con mayor coraje embiste
Al afrontado bárbaro pujante;
El cual con fuerza y ánimo arrogante
Su rauda furia, firme el pié resiste,
Quebrando de las astas en sus pechos,
Cual si de pedernales fueran hechos.

Rompieron del encuentro la muralla,
Dejando los cincuenta al diestro lado,
El perdido escuadron aportillado,
Aunque sembrando algunos sangre y malla;
Trabóse fiera luego la batalla,
Y comenzó á temer el monte y prado
De los terribles golpes y heridas
En los tronantes yelmos recibidas.

Miranda y Juan Ramon osadamente
Por los tejidos bárbaros colaron,
Y todo el escuadron atravesaron,
Hallándose bien lejos de su gente;
Mas prestos al socorro conveniente
Acá por el vecino mar tornaron,
Metiéndose de nuevo en la refriega,
Que ya de rubia sangre el campo riega.

El bravo Cadeguala furibundo,
Que con mortal rigor la maza esgrime,
A la española cólera reprime,
Que no la reprimiera todo el mundo;
Y al golpe que descarga el iracundo
El aire hueco y dura tierra gime,
Haciéndose lugar abierto y llano,
Por donde tras el pié sigue la mano.

Tan duro golpe á Cáceres asienta,
Que sin que el triste juzgue ni se acuerde,
A todo su pesar la silla pierde
Y sangre por los órganos revienta;
Con otro á Diego de Avalos avienta,
Haciéndole medir el campo verde,
Donde tendido el cuerpo quebrantado
De mil y mas al punto fué cargado.

Cual galgos ó lebreles, que en cayendo
La tórtola, perdiz ó gallareta,
Que el cazador hirio con la escopeta,
Acuden velocisimos corriendo;
O como gaviotas, que en huyendo,
Revuelven tras el golpe de marea,
Así la fiera turba amontonada
Aguja tras la caza derribada.

En cuyo cuerpo súbito descargan
Una montaña entera de asteria,
Poniéndole en congoja y agonía,
Con que el vital anhélito le embargan;
Mas viendo que sobre él aprieta cargan,
Acude la cristiana compañía,
Y esparce los espesos araucanos,
Sacándoles la presa de las manos.

Por otro lado Téropoco gigante
De grande fuerza y ánimo arrojado,
Tras un furor diabólico llevado
Se lanza por los nuestros adelante,
Con un gurguz de punta penetrante,
Que no perdona malla ni estofado,
Ni le contenta arnés templado y grueso,
Sino la blanda carne y duro hueso.

Tal vez un temerario bote arroja,
Volviéndose á Hernan Perez delantero,
Que no le aprovechando el fino acero,
En la secreta sangre el hierro moja;
Ufana se asomó la punta roja
Rompiendo por la espalda cuera y cuero,
Y haciendo al Español que, mal su grado,
Trocase los arzones por el prado.

Tronchósele el gurguz al araucano,
Torciéndole con impetu al sacalle,
Y así con medio solo vino al valle
El penetrado cuerpo del cristiano;
Arroja el otro medio de la mano
El bárbaro, que es diestro en arrojalle,
Y dando á Salvatierra en la espaldilla,
Por poco le volara de la silla.

En tigre el de Cantabria convertido
De verse por un indio descompuesto
Y ver que está por él en tierra puesto
Quien siempre camarada suyo ha sido,
Enderezando el cuerpo mal torcido,
Se va furioso á Téropoco despuerto,
Los dientes apretados, y la espada
Al febrizante pulso encomendada.

Apenas con el bárbaro se junta,
Cuando, encogido el brazo y la cuchilla,
La encaminó derecha á la tetilla,
Por donde al corazón entró la punta;
Mostróse luego allí la faz difunta,
Turbada, oscura, triste y amarilla,
Y en un instante el ánima de Terpo
Al báratro bajó dejando el cuerpo.

De largo á largo el réprobo se tiende,
Haciendo retemblar la firme tierra,
Y el animoso Andrés de Salvatierra
De su caballo subito desciende;
Do mientras mas de gana se contiene
Y mas el duro son de Marte atierra,
Llegado adonde el buen amigo yace,
A todo lo que debe satisface.

El íntimo gurguz le saca fuera,
Y casi no pudiendo levantallo,
Lo sube apenas vivo en el caballo,
Poniéndole los pies en la estribera;
Tras esto salta al suyo que le espera,
Y puesto en gran peligro por sacallo,
Lo deja fuera dél, tomando luego
Adonde se abrasaba todo en fuego.

Entróse á la batalla tan sangrienta,
Y ya por ambas partes tan reñida,
Que está la muerte a costa de la vida,
Pomposa, levantada y opulenta;
Alcanza muchas ánimas de cuenta,
Metiendo por la espesa mies crecida
Su cortadora hoz, que no perdona,
Y aprieta los manojos amontona.

Agrega tantos pues la cruda Parca
De las espigas bárbaras que siega,
Que cuando á Flegeton cargada llega,
Apenas el barquero las embarca;
Y como tan cargada va la barca,
En Lete la mayor parte se aniega;
Adonde, siendo tanta su hondura,
No es mucho que los deje mi escritura.

Mas no se olvidará de Chilcomaro,
A manos de Ramon de un golpe muerto,
Y menos de Quipatco en dos abierto
Con otro de Miranda sin reparo;
Ni del feroz Pucheo ni Paylataro,
Que el capitán Quiroga, en todo experto,
Les hizo vomitar por dos heridas
Dos almas, dos alientos y dos vidas.

Pacheco, Santillan, Osorio, Bravo,
Riveros y don Pedro de Lovera,
Cortés, Reinoso, Barrios y Barrera
Llevaban el osado intento al cabo;
Valdivia y don Martín por otro cabo
Un escuadrón retiran de manera,
Que al próximo pantano se recoge
Adonde no hay caballo que lo enoje.

El resto derramado se distrae
Con apariencia clara de vencido,
Que siendo por España conocido,
A los postreros términos lo trae;
Hasta que ya en la errada cuenta cae,
Siguiendo lo que esotras han seguido,
Y haciéndose en las negras aguas fuerte,
Que ya en color de púrpura convierte.

Allí si algun caballo entrar pretende,
Atasca por lo menos hasta el pecho,
Hallándose al salir en duro estrecho,
Porque del cieno apenas se desprende;
Allí sin daño el bárbaro le ofende,
Y él se fatiga y cansa sin provecho,
Al fin allí se hiciera el juego maña,
Si allí no usaran della los de España.

Do visto que las aguas los destruyen
Y presumir entrar allá es en vano,
Para sacar los indios á lo llano
Dan muestra cautelosa de que huyen;
Pues ellos que á flaqueza lo atribuyen,
Arrancan luego juntos del pantano,
Saliendo como perros de su casa
Si ven que huye dellos el que pasa.

El que agua arriba siempre forcejando
Apenas con el pecho va delante,
Si vuelve las espaldas, al instante
Lo lleva el curso rápido rebañó;
Así los españoles en quitando
Del enemigo y ciénaga el semblante,
Abajan lo subido raudamente
Llevados de la bárbara corriente.

La cual con tanta furia da tras ellos,
Habiéndoles el ánimo crecido,
Que ya se ve el cristiano arrepentido
De haber así burlándose con ellos;
Ya desde aquí de veras huye dellos
El que hasta aquí de burlas ha huido,
Y ya de fuerza corre por el prado
Quien comenzó á correlle de su grado.

Quisiera bien al ímpetu oponerse,
Mas el temor le lleva á su despecho,
Como el que se arrojó por un repecho,
Que ya no es en su mano detenerse;
Ni en esta es ya dejar de suspenderse;
Así porque le queda largo trecho,
Como porque la mano, puma y canto
No bastan para piés que corren tanto.

CANTO XI.

Signen los nuestros la retirada y los indios el alcance, hasta que, llegados á entrar casi por el campo, mediante el orden y presteza del señor Gobernador, son resistidos; y revolviendo sobre ellos, que iban derramados, los hace recoger en la ciénaga, donde la arebucería con el principio de la noche da fin á la batalla, dejando los mas desbaratados y muertos. Señálanse en esta pelea algunos particulares de los caballeros españoles con los mas bravos de los araucanos.

Jamás ha de tener temor cabida
Ni puerta para entrar al pecho humano,
Que siempre es á la entrada chico enano,
Y altísimo jayan á la salida;
Su condicion tan solo es atrevida
En si le dais el pié tomar la mano,
De suerte que despues no está en la vuestra
Dejarle de seguir por donde os muestra.

Ni en burlas parezcáis al temeroso,
Pues nunca fué seguro parecerlo,
Así como jamás dejó de serlo
El parecer valiente y animoso;
Y si estuviere el sello en ser medroso,
Tened aviso grande en conocerlo,
Que suele disfrazarse el miedo helado
Alguna vez con máscara de osado.

No digo yo que fuese mal intento
Querer así burlar al enemigo,
Mas en las burlas, aun con el amigo,
Han menester los hombres ir con tiento;
Y deja bien probado el argumento
Lo que de nuestra gente arriba digo,
Donde, por dar al miedo puertas francas,
Trocó lugar el pecho con las ancas.

Quisieron, sin saber de burlas nada,
Prestar consentimiento á las primeras,
Juzgándolas entonces por ligeras,
De donde vino á serles tan pesada;
Porque, si no es la burla moderada,
Es llano que de burla salta en veras,
Como lo muestra bien la referida,
Adonde no iba menos que la vida.

Mas como ya el temor habia crecido,
Llevándolos sin orden por el prado,
Dábales priesa el bárbaro alentado,
Colérico, feroz, embravecido;
Porque de ver que el ánimo han perdido,
El suyo largamente se ha ganado,
Tomando de la ajena cobardía,
Avilantez, orgullo y osadía.

Huyendo van los nuestros por su daño
De la pesada mano y pié ligero
Como del enemigo carnicero,
Sin su pastor, el tímido rebañó;
Aprieta juegan todos de calcaño
Batiéndolos con todo el cuerpo entero,
Segun sus alas bate la paloma
Si ve que el gavilan transido asoma.

De tanto golpearse van quebrados
Ljares, piés, estómagos, arzones,
Y cual si no tuvieran corazones,
Robada la color y despulsados;
Porque los pulsos todos derramados,
Se juntan de temor en los talones,
Haciéndolos pulsar con mas presura
Que el pulso de la recia calentura.

Pero por mas aprieta que los batan,
Con mucha mas los indios atrevidos
Alzando fieras voces y alaridos
Los corren, los aquejan, los maltratan;
Innumerables golpes malbaratan,
Que al aire y á la tierra van perdidos,
Mas el que bien aciertan es tan caro,
Que no padece contra de reparo.

Millones de palabras afrentosas,
Injurias, vituperios, perrierias,
Envueltas en agudas ironias,
Despiden por sus lenguas venenosas:
«Volved acá esas manos hazasiosas,
Que para agora son las valentias;
Tened, tened un poco la carrera,
Que nadie os llevará la delantera.

«Tan poca estima haceis de vuestra gloria?
Triunfos tantos, lauros y guirnaldas
Tan presto las echais á las espaldas
Manchando, por la vida, su memoria?
Mirad que se os derrama la victoria,
Volved á recogerla en esas faldas;
Parad y no temáis nuestros poderes,
Que nunca hicimos daño á las mujeres.»

Aquel enorme y duro Galbarino,
Mas raudó y encendido que una hala,
Les va gritando: «Tente, hala, hala,
A ver si te valdrá el poder divino.»
«Por dónde vais? que es largo ese camino,
Les dice el orgulloso Cadeguala;
Hermanos por acá, que á ser hermanos,
En vez de piés usarades de manos.»

Así diciendo, el bárbaro se arroja,
Y asido de un caballo por la pierna,
Casi le descoyunta y desgoberna
Doblando al triste dueño la congoja;
Mas no pudiendo mas, la deja coja,
Y como si la cola fuera tierra,
Estira della el Indio con un brazo
Tan recio, que le arranca todo el mazo.

Velo rabioso y muérdese la mano,
Mordiéndolo juntamente de las cerdas,
Y dicese frenético: «Así muerdas
El corazón infame del cristiano.»
Con esto las entrega al aire vano,
Diciéndole: «Tén cuenta y no las pierdas,
Que tantas como son, serán las vidas
Por estas crudas manos fenecidas.»

Sin mas decir, esquiva de la yerba
Su voladora planta el Indio fiero,
Siguiendo á nuestra gente el delantero
Con furia mas que rabida y proterva;
No menos va la bárbara caterva,
Juzgándose por mísero el postrero,
Bien como los vaqueros tras las vacas,
Alzando mil confusas alharacas.

Con tal tesón, tal ímpetu y denuedo
Los contumaces bárbaros seguan,
Que ya los pocos nuestros no se vian
De la tisera de Atropos un dedo;
Hasta que al fin, llevados por el miedo,
Al campo, en breve término, volvan,
De donde, con vergüenza de su gente,
Hicieron rostro al pérfido insolente.

Cual galgo que de muchos perseguido
Por una y otra calle huyendo pasa,
En viéndose en la puerta de su casa,
Suele cobrar el ánimo perdido;
Y allí del miedo torpe sacudido,
Revuelve contra todos, vuelto en brasa,
Mostrándoles colmillos regañados,
En vengativa cólera amolados;

Así volvió rabiando nuestra gente,
Y ardiéndose en coraje de corrida
Por verse de los bárbaros corrida,
A vista de su ejército potente;
El cual, como el contrario ve de frente
Entrárase con furia desmedida,
Movió su fuerza toda á recibillo,
Habiéndolo mandado su candillo.

Mas el furor y estrépito era tanto
Con que el poder increíble venia,
Que salvo en el valor de don Garcia,
En otros cualesquier causara espanto;
Estuvo por los suyos puesto á canto
De peligrar su crédito aquel día,
Por solo haber tenido tal desorden,
A no le hallar los bárbaros en orden.

Si el que le dio guardaran los cincuenta,
Conforme le llevó Ramon, preciso
Para reconocer y dar aviso,
No los pusiera el Indio en tal afrenta;
Mas como por su mal erró la cuenta,
Y luego acometer sin orden quiso,
Volvió forzosamente, cual figuro,
Poniendo en contingencia lo seguro.

Aunque salió tan bien el desconcierto,
Que vino á ser en parte necesario,
Para que, derramándose el contrario,
Fuese mejor vencido en campo abierto;
Sacó fortuna aquí del yerro acierto,
Porque esta no tan solo de ordinario
Humilia á don Hurtado la cabeza,
Mas lo que va torcido le endereza.

Movióse pues, cual dije, con su gento
A resistir la bárbara violencia,
Y fué con tal valor la resistencia,
Que el pérfido bajó la altiva frente;
Porque retrujo luego la corriente,
Topando con la hispánica potencia,
Y á no regilla el brazo mendocino,
Tambien se la llevara de camino.

Como las ondas tímidas que vienen
Sus vientres mas que hidrópicos alzando,
Y al trono celestial amenazando,
En dando con las peñas se detienen;
Y como allí les hacen que se enfrenen,
En su dureza el ímpetu quebrando,
Se ven así quebrar las judas olas
Llegadas á las peñas españolas.

Mas bien como esas ondas no pudiendo
Romper por las barreras peñascosas,
Reventan de coraje y espumosas
Están, aun siendo frigiditas, hirviendo;
Así los enemigos no rompiendo
Las contrapuestas armas poderosas,
Comienzan á hervir con nueva rabia
Subiendo ya su cólera á la gavia.

Revnélvense los campos en un punto,
El poderoso Arauco y fuerte España,
Cuya mezclada sangre al suelo baña,
Nadando en ella el vivo y el difunto;
El humo, el fuego, el polvo, todo junto,
Al sol, al cielo, al aire, á la campaña
Ofusca, ciega, turba y escurece,
Y el mar de tanto golpe se ensordece.

Por todo el escuadrón á toda priesa
Con sus falcadas ruedas hiede y parte
El fiero belicoso y crudo Marte,
Alzando polvorosa nube espesa;
Y todo en sangre tinto se atraviesa,
Haciendo que por una y otra parte
Crezca la furia y cólera en los pechos,
Las iras, los furoros y despechos.